

# MI FECHA DE CADUCIDAD

SENSACIONES  
ANTE LA MUERTE

**CHUS VILLARROEL O.P.**



**EVODIA**

Primera edición: noviembre de 2022

© Chus Villarroel O.P.

Reservados todos los derechos de esta edición para

© Evodia

Imagen de portada: Pintura de Ángel Medina

[www.evodia.es](http://www.evodia.es)

[evodiaeditorial@gmail.com](mailto:evodiaeditorial@gmail.com)

ISBN: 978-84-123381-4-0

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Índice

Sobre el autor .....	7
Prólogo.....	11
01 A modo de introducción.....	17
02 Dos planos .....	23
03 Cromosoma de gratuidad.....	29
04 La muerte del hijo.....	33
05 El TAC .....	39
06 El cordero del sacrificio .....	43
07 Quién soy yo .....	49
08 Una raya de coca .....	55
09 Morir con hermanos .....	61
10 No me deja pecar.....	67
11 No malgastar el cáncer .....	73
12 De la boca de los niños .....	79
13 Un poco de descanso.....	83
14 La confirmación.....	91
15 Nueva llamada.....	99
16 Sufriendo en el espíritu.....	103
17 Viviendo una ilusión .....	111
18 Prohibida la tristeza .....	115
19 Ilusión fracasada.....	123
20 Consulta a la gente .....	131

21 La perseverancia final .....	137
22 Expulsar al demonio .....	143
23 Crecimiento de la esperanza .....	155
24 Cruce de angustias .....	161
25 Nuevo intento médico .....	167
26 La última sesión.....	179
27 A la espera de la operación.....	189
28 Pérdida de gravedad.....	199
29 Qué teología me da más paz .....	207
30 La marca de Jesús.....	217
31 El espíritu da testimonio.....	225
32 El Cristo con el que quiero morir .....	233
33 Post data .....	241
34 Testimonio de la última semana con Chus .....	243

## 01 A MODO DE INTRODUCCIÓN

---

Hace un par de meses fui al médico, al urólogo, con la intención de que me operara un hidrocele que me tenía disminuido desde hace tiempo. Ya lo había intentado hace dos años en la clínica de San Francisco. No recuerdo el nombre del doctor que me atendió. Me dio largas, todas las que pudo, con lo que llegada la pandemia del coronavirus se hizo imposible la atención de cosas no urgentes como mi hinchazón de testículo. El hecho es que el abultamiento me iba enterrando cada vez más todo el aparato urinario hasta llegar a una seria incomodidad. Gracias a Dios no tuve grandes dolores.

En diciembre de 2021 intento de nuevo el tratamiento, esta vez en la clínica del Rosario. Me aconsejaron una doctora que resultó ser una chica bastante joven. Me recibió el 12 de enero, a última hora de la tarde. Allí estaba, parapetada tras su ordenador, como suelen hacer ahora todos los médicos, donde iba escribiendo mi historia. No me dejó explicar nada de mi problema, simplemente debía responder a las preguntas que ella me hiciera. Con ello dejé de ser persona y me convertí en un objeto de estudio. Me mandó tumbar en una camilla y me echó un vistazo a mi hidrocele. Trató de hacerme consciente de que mi caso era muy difícil para una operación, por mi edad, mi pasado, mi situación clínica, mi marcapasos, etc. Me pareció normal. Me pidió un análisis de sangre y una eco del testículo dañado. Después de casi un mes, por el retardo en las citas, volví con informes incluso del

cardiólogo que hice por mi cuenta. En este informe se recomendaba un estudio hepático. Con lo que de nuevo me envió a un internista. La persona que me acompañaba y yo, al salir, perdidos en los pasillos, ya desiertos por la hora, nos quedamos mirándonos porque no conocíamos a nadie ni persona a la que consultar. Entonces decidimos entregar a la Virgen la elección y pedimos cita para un internista.

El 27 de enero me recibió la internista. Resultó ser otra chica joven algo mayor que la uróloga. No permitió entrar a mi acompañante. La misma metodología y los mismos protocolos que la uróloga, es decir, todo se desarrolló con una señora detrás de un ordenador donde escribía cosas sin parar según me iba preguntando. La palabra profesional para mí cada vez tiene menos connotaciones humanas: “un experto con poca humanidad”. Gracias a Dios no todos los médicos son iguales. Me pidió otras tres pruebas: un nuevo análisis de sangre más detallado, una ecografía abdominal y pasar por hematología con la prueba de la sangre. El tema de la sangre lo tuve que hacer en otra clínica porque el laboratorio del Rosario no trabajaba todo lo que me pedía esta mujer. Mientras intenté estas cosas se alargó más de un mes todo el plan porque no había huecos para las citas.

Al terminar la ecografía abdominal, la tarde del 28 de febrero, la encargada nos entregó el informe con cierto nerviosismo apremiando a que fuéramos con urgencia porque había encontrado cosas raras como un problema inflamatorio en el hígado y sobre él “una especie de le-

sión sólida de 4,5 a 6,2 cms. de diámetro con un componente hiperecogénico que contiene grasa sugestiva de tumoración primaria hepática”. “Recomiendo valoración con otras técnicas de imagen de carácter preferente”. Le envié por guasap el informe a mi médico de familia recién jubilado y al día siguiente, ya de tú a tú, después de estudiarlo mucho me dijo que era canceroso sin duda. No me suavizó su diagnóstico ni un milímetro. Le pregunté si había tratamiento y me dijo que para mí, a mi edad, creía que no. Le pregunté cuánto tiempo me daba de vida y me dijo que meses o quizás un año y en el caso más optimista dos.

Escuchar esta noticia a la caída de la tarde no es muy relajante. Anuncio ya que, en estas primeras reflexiones, voy a tratar de sacar a la noticia toda la amargura que encierra. Quiero compartir mi desconuelo con el de mucha gente que oye palabras semejantes. Por tanto, todos los que no os encontréis ahora mismo de cara a la muerte, es mejor que no leáis más y esperéis a que os llegue vuestra hora porque solo veréis pesimismo y no tiene por qué ser así. A mí me ayudó mucho tomarme en serio esta noticia. Sin embargo, en estos anuncios hay mucho dolor y es bueno compartirlo con los que están dispuestos a ello, sobre todo si son creyentes porque nos va a servir de mucho. Para los creyentes el nivel de la fe tiene que estar bien ajustado a la realidad, no a las frases y a los engaños de la cultura actual que mira para otro lado en el tema de la muerte. La angustia de Getsemaní fue real y lo seguirá siendo mientras alguien se muera entre nosotros.

Evidentemente estas noticias y así, de una manera tan descarnada, te producen un shock inevitable. Uno no es de metal. Sin embargo, en mi caso, era la tercera vez que recibía esa clase de noticia, que te hace entrar en ti mismo y abrazarte a tu soledad porque sabes que en este camino nadie te puede ayudar en lo más interior. Está claro que morimos solos. Las dos noticias anteriores fueron en el año 2009 con mi primer cáncer de recto y la segunda cuatro años más tarde con la recidiva. Esta que acabo de recibir la acogí con un cierto alivio: era en el hígado que puede ser horroroso pero no lo he pasado aún, mas lo que no deseaba por nada del mundo era otro cáncer en el recto, porque morir de ello con lo doloroso y asqueroso que es, me resultaba intragable. Al parecer este cáncer en el hígado que me han encontrado es una tumoración “primaria hepática”. Primaria quiere decir que no es metástasis sino original de hígado.

Cuando se tiene una noticia así la mayoría tiende a ocultarla, a no comunicarlo ni decírselo a nadie. A mí no me pasa eso. No me importa que la gente lo sepa y se lo comuniquen los unos a los otros. El silencio no va a eliminar mi soledad, más bien a aumentarla. Quiero que la gente rece por mí, que respete mi debilidad en su momento y, si Dios me da fuerza y gracia, quiero también que sirva de testimonio. Como podéis imaginar esto lo digo con la boca pequeña porque no me considero un hombre fuerte en el sufrimiento, más bien un miedica, pero es que también me interesa experimentar la fuerza que la gracia de Dios realiza en mí. Si mi enfermedad y



mi muerte provocan testimonio va a venir de lo que el Espíritu realice en mí, no de mi valía o fortaleza personal.

Estoy dispuesto a luchar, claro que sí, pero me doy ya por vencido antes de comenzar la batalla. Tengo suficientes quimios y radioterapias detrás, como para creer que podemos algo contra la realidad soberana con la que el cáncer viene ataviado. La ciencia ha trabajado mucho y cada vez se va sabiendo más y, por tanto, curado más enfermedades. Me gusta escuchar a los primerizos en estas lides del cáncer proclamar que después de luchar vencerán a la enfermedad. Hay casos que sí, hay muchas curaciones, pero eso se debe al progreso o a la debilidad de la embestida, no al esfuerzo del atacado. Creo que se puede luchar y más serenamente desde la humildad, sobre todo para que en caso de derrota no se te rompa el alma, ni pierdas la fe sino que sobre ella puedas encontrar una salida.



## 02 DOS PLANOS

---

Estas noticias a mí me afectan en dos planos distintos que es bueno que se tengan para que interactúen y se ayuden el uno al otro. Uno es el plano sensible y material o, como diría San Pablo, el plano de la carne; el otro el de la fe y el espíritu. En el plano sensible se sufre mucho a ese nivel. Se anuncian despedidas, pérdidas, ausencias. Aquí se sufre. Nada de bromas. El fideísmo de algunos que dicen que todo se vence, y que con el Señor y la fe uno no siente nada es anticristiano y niega el sufrimiento de Cristo en la carne. Palabras vanas y poco convincentes. A mí una noticia como la dicha me cambia el panorama de vida en un momento. Me rompe ilusiones, me destroza esquemas, me desquicia el futuro, me quita ganas de casi todo. La tarde en que me dieron la noticia del cáncer de hígado coincidió con un hecho que lo he visto providencial. Ese mismo día por la mañana había terminado un libro que ya quedó apto para imprenta. Si me hubieran dado la noticia días antes, no sé cuando lo hubiera terminado porque perdí las ganas de todo. No me interesaba nada de lo que decía en ese libro. Una de mis ilusiones era terminar la segunda parte del Comentario al Cantar de los Cantares y os puedo decir que en este momento lo dejo para mejores tiempos, si es que llegan. Veremos más adelante. Para mí lo real ahora es que mi fecha de caducidad está a unos meses vista. Como el escribir me sirve de terapia y de oración me gustaría ir expresando en este papel las vivencias que me vayan llegando.

En el plano de lo sensible ocurren muchos fenómenos que a mí me gusta constatar. Por ejemplo, desde el momento en que la gente se entera que tienes cáncer ya te miran distinto, estás señalado. Me ven y me miran con respeto o con miedo o con conmiseración, pero no con la naturalidad y el desparpajo de antes. La gente te discute menos, no te llevan la contraria y si lo hacen lo hacen con otro tono. Les gustaría tratarme de usted. Por mucho que quieras no puedes ser normal, ya has dejado de ser el de antes. Tienes un estigma, estás marcado.

A lo mejor es culpa de uno. Tal vez es que uno ya no mira al mundo como antes. A mí desde el primer momento me ha gustado que todo el mundo se entere y no me recato de decir a cualquiera que tengo un nuevo cáncer con visos de ser el último. Me gusta estar en la verdad, ser sincero conmigo mismo y con los demás. No me gusta andar de tapadillo ni andar con excusas cuando me piden algo que no puedo o no debo hacer. Conozco lo que es un cáncer y a qué situaciones límite te lleva algunas veces. No entiendo bien la postura de los que silencian su enfermedad, sintiéndose humillados y un poco cosificados por la mirada de los demás. Como ya no vas valiendo para ciertos compromisos te vas sintiendo cosa y atisbas las fronteras de la inutilidad.

De joven leí una novela de Jean Paul Sartre, creo que es *A puerta cerrada*, en la que tres personas, un hombre y dos mujeres, Inés y Estelle, están en una sala del infierno condenados a torturarse entre los tres. Esa va a ser su tortura para siempre. No tienen relación con ningún otro

condenado. Desarrolla Sartre un estudio fenomenológico sobre la mirada de muy alta calidad. La frase más famosa de esta novela es la de “El infierno son los otros”. A mí la que más me llegó fue cuando Inés, a punto de morir, le dijo al hombre, Garcín, que no permitiera que Stelle viera su cadáver después de muerta, porque la cosificaría con una mirada de odio transformándola para siempre en cosa. Al final, intentaron matarse entre los tres hasta que sonó una horrisona carcajada: “No nos podemos matar, ya estamos muertos, estamos en el infierno”.

La muerte transforma tu ser en cosa. Solo hay un cadáver. Cuando lleguen a la puerta, incluso tus amigos, no van a decir: ¿Dónde habéis puesto a Chus? Dirán: ¿dónde han puesto al muerto? Que tu amigo más íntimo te llame muerto es la degradación infinita. Eres una simple cosa y en putrefacción. Pronto sentirán ganas de enterrarte porque ya sobras del todo. Todo se vence, dicen algunos, incluso estos lúgubres pensamientos, mas para eso uno tiene que estar muy fino en el otro plano que es el de la fe, el sobrenatural. El que lo haya cultivado poco en su vida está muy desguarnecido y puede fácilmente caer en soledad y depresión porque la orfandad que produce una noticia como esta es destructiva. Si uno ha vivido demasiado para las cosas de este mundo le cubre un alud de oscuridad irracional que le desorienta radicalmente. Lo peor que puede pasar en estos casos es radicalizarse y montarse sobre el propio orgullo y la propia solución porque la derrota va a ser insuperable. Yo te aconsejo que busques a alguien que te pueda ayudar a asumir porque

desde la humildad se vence todo mucho mejor. Alguien que te abra la visión sobrenatural de la muerte y la puedas ver más como oportunidad que como castigo.

Entrando en el plano de la fe, lo primero que se me ocurre decir es que yo soy un creyente. Un creyente es un ser pobre que no se asienta sobre sí mismo sino sobre la fe en otro, en este caso en el Dios manifestado en Jesucristo. Más sencillo: creo en Jesucristo, en su muerte y en su resurrección. La muerte y el sepulcro de Cristo no me producen buenas sensaciones porque evocan la mía y mi sepulcro pero la resurrección, sí. La fe se inicia en la resurrección. Todo lo que hizo Cristo como hombre no bastaría para librarme de mi muerte; lo importante para mi muerte es la resurrección de su cadáver, porque el Espíritu me anuncia mi propia resurrección aquel día, cuando sea. Esta fe inyectada en mí por el Espíritu contrarresta el maleficio y la sensación de muerte que ahora me está invadiendo. Sigo muriendo en agonía, pero soy capaz de la alabanza y la visión positiva de la fe.

No podéis imaginar las buenas sensaciones que produce en mi alma la vida de la fe. Ahora mismo, hoy mismo, mientras escribo esto, si no tuviera el acompañamiento de la fe sentida en mi interior, me sería imposible escribir. No hay ánimo que te lo permita. La angustia de los que mueren sin fe es metafísica. Ser o no ser, esa es la cuestión. La fe, su vivencia, es la que te da el ser en momentos como estos. De la fe brota la esperanza que desea la trascendencia y el vivir para siempre y que no defrauda

porque experimentas en ti el amor derramado por el Espíritu Santo en tu pobreza.

Ángela va a confesarse, pero el cura D. Manuel no le deja hablar, es él el que pregunta: “Ángela, ¿tú crees que habrá algo más allá de la muerte?, ¿tú crees que nos volveremos a ver?, tú crees que nos volveremos a querer después de muertos?”. “Ay, Padre, por favor, no me torture”, gime ella. Unamuno<sup>1</sup> vivió presa del sentimiento trágico de la vida desde que perdió la fe estudiando en la universidad central de Madrid. Su razón no le permitía creer, pero su voluntad le empujaba a desear con toda su alma lo que la fe dice. Por eso escribe unas poesías sobre el más allá desde la esperanza, no desde la fe, que parece un santo padre. A mí el sentimiento trágico de mi vida me lo quita el Espíritu Santo. Qué suerte he tenido al haber descubierto al Espíritu Santo hace tantos años. Sí, porque el Espíritu Santo no es racional, es vivencial, su presencia es experimental y sabrosa, no intelectual.

---

1 Unamuno, de la novela *San Manuel bueno, mártir*.





## 03 CROMOSOMA DE GRATUIDAD

---

Además de creyente soy dominico, hijo de Santo Domingo de Guzmán<sup>2</sup>. Los dominicos, tenemos metidos en nuestra genética un cromosoma de gratuidad que a mí me está haciendo muchísimo bien estos días. Santo Domingo tuvo una vivencia en el corazón, que no la escribió nunca, ni en la regla ni en las constituciones ni en ningún sitio, pero la tenía y la expresó. Y lo que tenía en el corazón era que nuestras leyes, nuestra regla y constituciones, no nos podían obligar bajo pecado. Es más, lo tenía tan metido en el alma que llegó a decir que si en algún convento pensaban de forma distinta, iría con su navaja a romper los códigos. Esto es importante y original. Importante porque lo que no obliga bajo pecado no salva, las constituciones no nos obligan bajo pecado, luego el cumplirlas no nos salva.

Es curioso, ¿verdad? Pero nunca lo escribió. No lo puso nunca en nuestras leyes cuando es su idea más genial. Pero la Orden lo captó, con dificultades, pero lo captó, a pesar de que era algo muy contrario al sentir de la época ya que en los monasterios la perfección consistía y se identificaba con el cumplimiento de la regla. Algunos frailes defendieron como titanes este cromosoma de gratuidad como algo esencial en la Orden cuando no era aún

---

2 Santo Domingo vivió a principios del siglo XIII, tal vez el siglo más moderno de la historia. En él nació la burguesía, el gótico, las universidades, el afán por la ciencia y la racionalidad; todo ello significó una tremenda revolución cultural. Nació en Caleruega, Burgos, pero su apostolado lo ejerció en lo que ahora llamamos Europa occidental.

llegado el tiempo para utilizar ni siquiera el lenguaje. Si esto es así, podemos decir que en santo Domingo es más importante lo que no escribió que todo lo que legisló en las constituciones, siendo así que se le considera como el fundador de todas las constituciones modernas. La constitución de los dominicos pasa por ser una constitución en la cual se han inspirado la de Estados Unidos, la de Francia, la de muchos sitios.

Pues bien, ¿qué me dice todo esto a mí en estos momentos? Pues sencillamente me da una paz enorme porque me aclara que el juicio que se pueda hacer sobre mi vida no dependerá de que yo haya sido bueno o malo, no dependerá de mis obras. Ni la virtud me va a salvar ni el pecado me va a condenar. Mi justificación no está en eso sino en un nivel más alto, en mi fe en Cristo Jesús y en su sangre. Dice San Pablo: *Somos justificados gratuitamente por la fe en la sangre de Cristo Jesús*. ¡Qué gozo produce esta frase en mi interior! Yo no he sido un hombre especialmente bueno, tampoco un gran pecador. Lo que he sido y soy es un creyente. El descubrimiento de Jesucristo, del hombre Jesús, de su cuerpo de carne semejante al mío, de su resurrección de entre los muertos, es lo que siento más valioso en mi vida y es lo que me justifica. *Fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación*, sigue diciendo Pablo en Rm 4, 25.

Está muy claro que yo no soy justo por mis obras ni ellas me justifican delante de Dios. Ni Dios me va a preguntar por ellas. Me va a preguntar por mi fe en su hijo Cristo Jesús. Y ahí, confieso sin ambages que soy un cre-

yente. Creo en mi salvación gratuita gracias a la sangre de Cristo Jesús. Esta fe arrastra toda mi culpabilidad y la hace desaparecer. Huye el miedo a la muerte, al encuentro, al juicio, al reproche y abre las puertas al abrazo, al deseo consumado, a la meta alcanzada. Confieso que yo ahora me siento así. No creo que peque de presunción, al contrario creo que es mi mayor mérito y la expresión de mi máximo amor el sentirme libre de toda culpa en brazos de una persona que me ama. Él ha muerto por mí.

Esta gratuidad no fue comprendida por muchos frailes. No era llegado todavía el tiempo. Eran momentos de retribución, es decir, de méritos propios, de buenas obras, de sacrificios, expiaciones. La entrada en la vida eterna significaba un examen riguroso de todos tus pecados, culpas y defectos. La vida eterna en el cielo se ganaba con tu esfuerzo y era fruto de tus buenas obras. El segundo maestro general de la Orden fray Jordán de Sajonia y el quinto Fray Humberto de Romanis intuyeron el sentir de Domingo y lo defendieron con toda su alma<sup>3</sup>. Fray Humberto, ya a treinta años de la muerte de Domingo, valoró como un tesoro el testimonio de un fraile que había oído las palabras de Domingo referentes a ir por los conventos rompiendo los códices. Intuyó en esa vivencia oculta de Domingo la máxima revelación del Espíritu a la Orden aunque aún no había llegado el tiempo de reflotarla. Esta genialidad le llegó desde nosotros incluso a los Premostratenses, fundados antes que nosotros<sup>4</sup>. En el contexto teológico de aquellos siglos no cabía un anuncio de la gratuidad de la salvación,

---

3 Cfr. Humberto de Romanis, *De Vita regulari*, XIII.

4 Cfr. *Ibidem*, XIV.

un tiempo de hablar de un Jesucristo gratuito que nos ha salvado con su sangre. Alguno de vosotros dirá: ¿pero hay algún tiempo que no sea el tiempo de anunciar en la Iglesia el gran misterio de la salvación? Pues aunque parezca mentira no en todos los tiempos se ha podido. El Espíritu Santo como a escondidas o bajo cuerda le reveló a Santo Domingo ese misterio que ni siquiera pudo formular bien porque las formulaciones de fe y la teología dependen mucho de la mentalidad de cada época. Él sabía que la ley no nos salva y que solo en Jesucristo podemos poner nuestra confianza. Por eso oraba delante de la humanidad de Jesucristo de cuyo costado brotaba el chorro de sangre que gratuitamente nos salva. Desde el principio se le llamó predicador de la gracia y está claro que la mayoría no supieron por qué.

Ciento cincuenta años después de la muerte de Domingo, moría en Roma su discípula más preclara, Santa Catalina de Siena. Sus últimas palabras fueron las siguientes: “Señor, tú me llamas a ti, y yo voy no por mis méritos sino por los méritos y virtud de la preciosísima sangre”. Este desahogo de gratuidad le infundió confianza y acto seguido, expirando, repitió varias veces: “Sangre, Sangre.... Padre, a tus manos encomiendo mi alma...” Era la hora de sexta del domingo 29 de abril de 1380. Tenía 33 años.